

Psicología Hoy

Nº17

A 40 AÑOS DEL 11 DE SEPTIEMBRE DE 1973

**Psicología,
memoria e historia:
recordando más
allá de aniversarios**

2013: 40 AÑOS DEL GOLPE MILITAR Y LA FIESTA ELECTORAL

Por José Antonio Román Brugnoli*

Si existiese algo así como un inconsciente de los pueblos, o al menos, como sugiriera Gabriel Salazar, importantes procesos populares que continúan su flujo de una manera subterránea o latente, sin duda estos meses constituyen un escenario propicio para que sus contenidos irrumpen en la sociedad chilena.

Este 11 de septiembre se conmemorarán los cuarenta años del golpe militar de 1973. La fecha se avecina en medio de un ambiente electoral, para cumplirse inexorablemente en vísperas de la celebración de las elecciones presidenciales. En adición, ambos acontecimientos acaecerán bajo la responsabilidad de un gobierno de derecha: una derecha en parte continuidad del sector político golpista, en parte renovación democrática.

Como si fuera poco, las elecciones nos presentan un contrapunto simbólicamente recargado: dos mujeres, ambas hijas de generales de la aviación implicados de manera antagónica en los sucesos del golpe militar, se disputan ante la ciudadanía el puesto presidencial. Incluso los medios han tematizado la manera en que un proceso judicial indaga sobre la eventual vinculación del padre de una de ellas con la muerte bajo torturas del padre de la otra. Una, candidata de las fuerzas de la derecha, hija de un representante de los poderes golpistas (los victimarios); la otra, miembro del partido del derrocado presidente Allende, hija de un representante de los derrotados (las víctimas). Una de delgadez casi enjuta y de un carácter militar; la otra, de una contextura nutricia y un tacto maternal.

Como narración, parece una variación de una teleserie de los ochenta años 80 escrita por Arturo Moya Grau, combinada con cierta novela de Isabel Allende –demasiado parecida en estilo a otra de García Márquez– que gozó de una versión cinematográfica. Algo así como

Magíster y Doctor (c) en Psicología Social,
Universidad Autónoma de Barcelona
Psicólogo y Licenciado en Psicología,
P. Universidad Católica de Chile
Académico de la Universidad Alberto Hurtado



“La madrastra contra la mamá de Chile”. Un espectáculo, pero que encierra y vuelve a traer al presente una parte de los más horrendos episodios históricos de la vida política de este país.

Resulta difícil deslindar responsabilidades o autorías sobre este guión electoral, que semeja más el efecto de un conjunto de accidentes que la obra de un escritor, si bien su producto esté constituyendo un éxito mediático como si de una fórmula televisiva se tratara. También es hasta cierto punto imposible establecer si este suceso se debe a esa capacidad de los medios de convertir lo que tocan en un producto de farándula o de marketing –y su correspondiente dificultad para tratar los asuntos de interés público mediante géneros más propicios– y/o a la infinita capacidad de adaptación de unos partidos políticos especializados en triunfar en cualquier ambiente.

Pero, mientras contemplamos el desfile de las candidatas a reinas de este carnaval electoral, cada una de ellas rodeada de un variopinto séquito de personajes en cuya caracterización sería largo ahondar, no sólo la inquietud de la cada vez más próxima conmemoración de los cuarenta años del golpe militar amenaza con interrumpir esta fiesta de la democracia que han de ser las elecciones. Desde fuera de la coreografía del carnaval, a destiempo, desde hace ya algunos años, asoman una y otra vez, de manera porfiada y con creciente adhesión, los descontentos, los indignados. Organizados en diferentes plataformas (gremiales, ambientales, territoriales, entre otras) y bajo distintas banderas de protesta, irrumpen los ciudadanos –el pueblo– manifestando su mandato y su poder constituyente.

Como dominados por el imperativo “el espectáculo debe continuar”, los medios y los políticos han hecho lo imposible por incorporarlos como invitados en esta fiesta electoral: desde la inclusión de sus voces –en el aspecto más simple de una semántica que se integra a los recursos retóricos de los candidatos o, más complejo, en ciertos esfuerzos programáticos–, hasta sus personas, en la figura de algunos líderes sociales que son integrados en uno y otro lado. Se aprecia un esmero en la clase política –como de anfitrión– que revela el temor a la amenaza de la celebración aguada. Y, sin embargo, algo no termina de juntarse ni de pegarse: ni la nueva semántica, ni las promesas de programas, ni “los nuevos rostros”, parecen poder tender un puente suficientemente amplio y robusto sobre el abismo que separa el ambiente de la “fiesta electoral” y el de la gente de a pie y sus biografías familiares de promesas incumplidas, abusos sistemáticos e indefensión sobre sus derechos.

Por una parte, la proximidad del cumplimiento de una cuarentena de años desde el golpe militar de 1973 agudiza las preguntas sobre la calidad democrática de nuestro actual Estado de derecho. Por la otra, un creciente segmento de la ciudadanía ya no parece conforme con ser invitada a una fiesta que se desarrolla en su propia casa y con su auspicio.

En una mano tenemos el total agotamiento de la fórmula de la transición a la democracia y del acto de la promesa política (las alegrías y fraternidades que están por venir pero no llegan, las justicias en la medida de lo posible, los crecimientos con equidad, etc.). Si se tratara de cheques, la ciudadanía los está protestando. Y parece una huida imaginaria pretender que este compromiso contraído puede ser evitado mediante eslóganes intimistas como “estoy contigo”, “estoy con ella”, “vuelvo por ti” o “ganemos juntos”, promesas débiles (“les digo que me esforzaré por”) u ofertas de reformas que constituyen una suerte de transición-para la transición-para la transición....así, hasta el infinito.

Y es que los pendientes reclamados por la ciudadanía son aquí como montañas que intentan ser disimuladas con avisos publicitarios: Estado garante de derechos sociales y de derechos humanos, modelo de desarrollo económico que asegure conciliación entre crecimiento y equidad, democracia representativa, y probidad privada y pública. En la otra mano, tenemos que esta protesta social está siendo realizada hoy con una radicalidad que no admite elusión política, ya que hacerlo equivaldría a vulnerar la legitimidad de una democracia liberal: la ciudadanía demanda una participación vinculante y más directa sobre las decisiones de Estado que le afectan, es decir, que la razón de Estado se corresponda y se siga de una razón ciudadana. En tal planteamiento, lo que la ciudadanía está haciendo es apelar a su condición de constituyente, o de pueblo, dirán los más radicales. Es esta cuestión central la que se encuentra tras la demanda de una nueva constitución y la impugnación de “una constitución blindada” de ser cambiada en el ejercicio de la democracia que ella misma regula. Y es también la que está a la base del ejercicio del derecho a manifestarse en libertad haciendo uso de los espacios públicos.

Este nuevo escenario obviamente tensiona el papel que han venido jugando los partidos políticos en los últimos veinticinco años y les presenta la tentación de responder corporativamente constituyéndose como una clase política en la defensa de sus intereses; pero también es una oportunidad histórica para reencontrarse con la fuente de su legitimidad y reconducir su trabajo hacia el bien público y la defensa de los principios básicos que sostienen una democracia liberal.

En un momento en que las movilizaciones sociales están recuperando lo político como ejercicio y potestad de la ciudadanía, la sensatez indica que Chile necesita que la discusión política se ensanche en esa misma medida, en vez de insistir en reducirla a la propaganda de una fiesta electoral de unos pocos.

Sólo podremos celebrar verdaderamente las próximas elecciones, si en ellas se acogen los asuntos políticos, económicos y sociales postergados. Conmemorar el golpe militar de 1973 y escuchar las voces de las movilizaciones sociales, constituyen una oportunidad para ello. ●

Psicología, memoria e historia: recordando más allá de aniversarios

Por Evelyn Hevia Jordán*

*Psicóloga
Magíster (c) en Historia, Universidad de Chile,
Académica Facultad de Psicología
Universidad Alberto Hurtado

Aun cuando hace varios años dejó de ser feriado, el 11 de septiembre ha quedado inscrito de manera simbólica en nuestro calendario. Para algunos, implica un recuerdo amargo, una postal de colores grises, con olor a humo y ruido de aviones bombardeando un sueño, un quiebre importante en sus vidas e ideales que se vieron fracturados por la violencia de ese día y los 17 años de dictadura que le siguieron. Para otros, es una fecha que evoca el sonido del Himno Nacional, imágenes de banderas izadas saludando a los militares y brindis de espumosa champaña a la salud de la liberación de la patria del “caos marxista”. Lo cierto es que para todos constituye una fecha que enmarca las memorias del pasado reciente y un punto de inflexión que nos permite situarnos en la construcción de este Chile actual.

Así como se pueden distinguir estas dos grandes postales que condensan recuerdos de ese “11”, cabe señalar que son diversos y cambiantes los significados y sentidos atribuidos a ese día, porque la memoria no es una facultad dicotómica ni polar: es una construcción que se realiza en tiempo presente, que no se puede explicar únicamente en la metáfora del blanco/negro. Como dice Elizabeth Jelin¹, “la memoria es un territorio en disputa”, que implica luchas, batallas, tensiones, porque en la construcción y significación de ese pasado se está jugando la edificación del presente y del futuro.

Los aniversarios constituyen un buen momento para recordar, y recordar implica volver a pasar por el corazón aquellas imágenes, colores, olores, sensaciones, ideas y afectos que nos remiten a lo ya vivido. Tras la imagen del Palacio de La Moneda en llamas, comienzan a aparecer otros relatos, memorias e imágenes que antes no encontraban una escucha social. Son conmemoraciones como esta, a 40 años del

Golpe, las que nos permiten hacer una pausa en las agendas cotidianas y abrir espacios familiares, académicos, culturales, religiosos, comunicacionales y políticos desde donde hacer memoria.

Nuestro “11” es una fecha para recordar y homenajear a quienes ya no están, pero cuyos proyectos y sueños continúan teniendo sentido; una fecha para reflexionar sobre los límites y alcances de la condición humana; una fecha para discutir y decidir qué tipo de país queremos tener; una fecha que nos interroga respecto de nuestras prácticas democráticas y de convivencia social; una fecha que nos permite transmitir la experiencia a las nuevas generaciones; una fecha que, en definitiva, nos interpela como sociedad respecto a las tensiones y quiebres del pasado. Pues las fracturas no se resuelven con el silencio o con poner la mirada en el futuro, sino que, por difícil que sea, debemos incorporarlas a lo que día a día, en los distintos espacios, vamos construyendo como sociedad.

AFRONTAR EL PASADO

¿Por qué la psicología, la memoria y la historia? A *grosso modo*, podemos definir a la historia como la disciplina que se ocupa sobre el pasado, interés que la psicología comparte, ya sea en el plano de la biografía de un individuo, su familia o un grupo, pues hace inteligibles las formas de relacionarse consigo mismo y con los demás. De esta manera, tanto psicología e historia, al volcar su mirada sobre el pasado, procuran describir, analizar y comprender el estado actual de cosas.

Sin embargo, ese pasado que le interesa a la psicología no es aquel período glorioso de los héroes vencedores y próceres de la gran Historia.

Tomando a Benjamin², a la psicología le interesa ese pasado “sobre ruinas”, que requieren ser develadas, reconstruidas y resignificadas. Esta historia de los vencidos concentra quiebres, fracturas, pérdidas y dolores, que cuando emergen incomodan y tensionan la convivencia cotidiana, amenazando la armonía y el funcionamiento individual y colectivo construido. A esto se debe que muchos prefieran no hablar del pasado y construir, en cambio, un presente con miras siempre al futuro, pues con ello evitan interrogarse a sí mismos y a su posición social y política pasada y presente.

En tiempos donde la memoria es entendida como un “almacén de información”, recordar y olvidar son temas relevantes para la psicología. Tenemos terror a olvidar, a no poder recuperar aquella información guardada. Quizás por ello padecemos de este “mal de archivo”³: queremos y pretendemos conservarlo todo y la tecnología digital nos permite la posibilidad de registrar cada escena de la vida cotidiana. Pero es evidente que no podemos almacenarlo y recordarlo todo, cual Funes el memorioso, y que esta “compulsión” nos impide la posibilidad de vivir y significar nuestras experiencias.

La memoria no puede ser entendida únicamente como una facultad individual y cognitiva, sino que, ante todo, constituye una *práctica social*. Recordar no implica sólo “recuperar información almacenada”, sino que es un ejercicio contingente y que se realiza con otros, sean estos virtuales o reales. Por tanto, toda posibilidad de memoria se remite a la posibilidad de olvido. Aun así, el olvido es visto como una falla en la memoria y como un mal del cual nadie quisiera ser presa, ya que, a diferencia de la memoria, el olvido escapa a nuestra voluntad.

De esta manera se explica que, incluso cuando se ha intentado, no ha sido posible generar técnicas ni dispositivos para “olvidar”. El pasado doloroso no depende de nuestra buena o mala memoria para ser parte del olvido; más bien, el silencio opera como mecanismo para ubicarlo en un lugar donde no incomode demasiado. Respecto a los dolores y horrores de la dictadura, por mucho tiempo la restitución de la convivencia postdictatorial pasó por la posibilidad de silenciar el recuerdo del pasado doloroso, a través de la ilusión de “haber dado vuelta la página”.

Pero, ¿es posible comprender el presente y construir el futuro desconociendo y silenciando al pasado? Desde sus diversas miradas, la psicología y la historia comparten la importancia de afrontar y reconocer el pasado para dotarlo de un sentido que nos permita reconocerlo como parte del trayecto que nos ha traído hasta acá.

El Golpe del 11 de septiembre de 1973 y los 17 años de dictadura forman parte de ese ayer doloroso, que ha sido reconstruido y simbolizado mediante variadas formas de producción cultural y de investigación social aun cuando se intentó ocultar tras el silencio. Desde la psicología, en particular, han tenido especial importancia aproximaciones a la comprensión de los efectos del trauma psicosocial producido en las personas que fueron represaliadas durante la dictadura; las formas de transmisión de la experiencia a las siguientes generaciones; las diversas representaciones colectivas sobre el “11” y la experiencia represiva; las múltiples formas de solidaridad y asociatividad construidas durante la dictadura; los discursos sobre la reconciliación nacional en la vida cotidiana, y las formas de conmemoración, objetos, artefactos y espacios para el recuerdo, sólo por mencionar algunos de los temas que han orientado la investigación y práctica desde distintas áreas de la psicología en los últimos años.

LA ESCUCHA

Así como desde la historia se ha estado reconstruyendo este pasado reciente a partir de los archivos y testimonios orales de quienes vivieron los acontecimientos referidos, la psicología ha debido proveer

espacios de escucha individual y colectiva a una experiencia que resultó (y resulta) disruptiva para la armonía del psiquismo individual y social.

A los psicólogos se nos entrena para desarrollar técnicas de escucha frente a aquellas experiencias difíciles de nombrar, narrar y de colocar en diálogo con la sociedad. Durante la dictadura, esta escucha implicó una forma de resistencia a la violencia que se naturalizaba como práctica de Estado para legitimar los valores de “orden, trabajo y obediencia”. Iglesias y Organizaciones no gubernamentales sirvieron de alero para cobijar a los terapeutas que optaron por trabajar con quienes sufrían la represión, en años en que tanto contar como saber resultaban actividades peligrosas para la seguridad nacional. Estos profesionales asumieron la difícil tarea de atender, acompañar y ayudar a reconstruir la historia de hombres y mujeres víctimas de la represión política en la materialidad de sus propios cuerpos, los que fueron convertidos en un territorio donde se desplegó la violencia y la maquinaria del terror de Estado.

Así profesionales fueron abriendo un espacio para escuchar y conocer lo que aparecía tras el velo que ocultaban en el silencio y padecimiento físico y psíquico de miles de personas que sobrevivieron a la prisión política y tortura. La escucha permitió acceder a una experiencia que intentaba buscar y poner en palabras el recuerdo del horror vivido por hombres y mujeres que fueron objeto de la aplicación de “sofisticadas” técnicas de tortura y violencia sexual. El espacio terapéutico se abría para conocer desde los propios sobrevivientes aquello que Arendt denominó la “banalidad del mal”: la descripción de hombres y mujeres funcionarios de la rutina de los centros de tortura, que en horario de oficina operaban sobre cuerpos que fueron despersonalizados y reducidos a extensiones de materia sin sujeto.

El recuerdo sobre este pasado donde la tortura era amparada y financiada por el Estado no es fácil de tolerar. Es una memoria que duele e interpela a nuestras instituciones y posiciones como actores sociales y ciudadanos. Ejemplo de este silencio ha sido la cláusula que impide acceder a los testimonios y documentos reunidos por la Comisión Valech por un plazo de 50 años, con la pretensión de que la distancia ayude a escribir la Historia.

Pero la memoria no se somete, aunque se silencie y se intente difrazar el pasado: aparece y reaparece con más fuerza con ocasión de este aniversario. Estos relatos no pueden ni deben quedar escritos únicamente en los Informes de las Comisiones Rettig y Valech, o en la piedra de un memorial o placa recordatoria, ni como parte de la colección de un museo, ni como documento en un archivo judicial, ni como anamnesis en una ficha clínica. Debemos incorporar todos estos elementos a nuestras conversaciones y prácticas cotidianas.

El aniversario de los 40 años del Golpe nos puede ayudar a situar el pasado en el debate público, pero es importante que, más cerca o más lejos de la conmemoración en sí misma, abramos los espacios para que circule la palabra sobre la experiencia vivida y transmitida, y se incorporen preguntas que hoy están haciendo eco. El objetivo no es que el pasado se vuelva *magistra vitae*, sino entender que la promesa del “nunca más” no se realiza mirando al futuro, muy por el contrario, se centra en las formas en que, día a día, vamos tejiendo y reconstruyendo nuestra vida social. ●

1 Jelin, E. (2002). Los trabajos de la memoria. Madrid: Siglo XXI.

2 Benjamin, W. (2005). Libro de los pasajes. Madrid: Akal.

3 Derrida, J. (1996) Mal de archivo. Una impresión Freudiana. Madrid: Trotta.

4 Arendt, H. (1999) Eichmann en Jerusalén: un estudio sobre la banalidad del mal. Barcelona: Lumen.



Psicología y política: una mirada retrospectiva

Por Elizabeth Lira K.

Directora del Centro de Ética de la Universidad Alberto Hurtado.

El golpe militar de 1973 fue semejante a un cataclismo para un sector de los chilenos. La represión política expuso a las personas a experiencias violentas y traumáticas a causa de sus ideas políticas. Las violaciones a los derechos humanos caracterizaron a la dictadura cívico militar (1973-1990) y se constituyeron en una amenaza potencial para cualquiera. El miedo era una reacción generalizada.

La detención en su propia casa del padre, la madre, un hijo o hija ante los familiares –muchas veces sus hijos pequeños– producía angustia, desesperación y sentimientos de desamparo e impotencia. La incertidumbre acerca del destino de su familiar por semanas o meses, la pérdida de su rastro y su desaparición, que en algunos casos se prolonga hasta el presente, fueron experiencias devastadoras. Mujeres y hombres, detenidos arbitrariamente y casi siempre torturados, expuestos al horror, vulnerados en nombre de sus lealtades y convicciones, volvían a los suyos profundamente afectados. Ese sufrimiento dio lugar a demandas de atención clínica, con la esperanza de encontrar alivio y contención para el sufrimiento propio y para los niños y adolescentes también afectados al quedar envueltos en la vorágine causada por la represión política y sus consecuencias.

La atención clínica se fue construyendo a partir de las herramientas profesionales disponibles. Al mismo tiempo, era una situación que afectaba también a los que brindaban la ayuda requerida, porque formaban parte de la sociedad en la que se estaban produciendo los hechos. Estas y otras consideraciones impulsaron la creación de equipos formados por psicólogos, psiquiatras y trabajadoras sociales en organismos de derechos humanos, con el fin de estudiar y proponer modalidades de tratamiento de acuerdo a las necesidades de las víctimas y sus familias, ya que la demanda de atención era compleja y sostenida en el tiempo.

A fines de los años 80 se habían formado pequeños equipos en Santiago y en algunas ciudades (Concepción, Temuco, Puerto Montt, Valparaíso y Punta Arenas) que proporcionaban atención individual, grupal y familiar. En la mayoría de los casos se trataba de intervenciones limitadas a las situaciones de crisis, pero se intentaba ampliarlas según lo adecuado para los consultantes. La existencia de estos equipos, así como de algunos profesionales que trabajaron en sus consultas, influyó en la visibilidad de la atención de salud mental como parte de la reparación que el Estado debía a las víctimas. De esta manera, entre las recomendaciones de la Comisión Nacional de Verdad y Reconciliación se señaló la necesidad de proporcionar servicios para la rehabilitación de la salud general y, en especial, la salud mental. En cumplimiento de esta recomendación se creó el Programa de Reparación Integral de Salud para las víctimas de violaciones de derechos humanos (PRAIS) en el Ministerio de Salud, que existe en todo el país hasta el presente.

La necesidad de comprender la relación entre violencia, represión

política, miedo y amenaza fue también una tarea para la Psicología. Sartre describió el conflicto argelino en términos análogos y casi familiares para la realidad chilena, especialmente entre los años 1973 y 1983: “Si cada cual encuentra sospechoso al vecino y teme que el vecino lo encuentre sospechoso a él (...) se tiene miedo de hablar...”.

Sin embargo, el miedo no sólo remite a las emociones que suscita y las reacciones defensivas que se despliegan. La reflexión sobre el miedo hace aparecer algunos de los dilemas éticos que se producen en contextos polarizados, cuando la vida pierde todo valor, cuando el “otro” deja de ser percibido como un ser humano y se transforma en enemigo: “(...) Pero cuando más me asusté fue cuando el enemigo se acercó y vi que su cara era igual que la mía” (Bob Dylan, 1973). Es decir, cuando se constata que la destrucción y la muerte han tenido lugar “entre prójimos”. Esta distinción abre espacio a la posibilidad de despolarización y al encuentro entre las personas como semejantes, con todas las complejidades que supone para las víctimas, pero también con todas las reticencias y negaciones de los victimarios.

Muchos conflictos políticos, guerras y dictaduras, han empleado la tortura como recurso del poder. Desde tiempos ancestrales la tortura ha sido aplicada buscando la confesión del prisionero. Pero su función principal ha sido la reproducción del terror y del miedo a la muerte como instrumento intimidatorio de control social. Estos temas fueron objeto de trabajos grupales para contrarrestar los efectos paralizantes del miedo. Fue posible identificar que las personas temían a la represión y a la tortura, así como al desamparo, a la incomunicación, al encierro, a tener que abandonar a un hijo pequeño, a delatar y ser objeto de delación, a contestar el teléfono por la noche y recibir una amenaza, entre otras cosas (Lira y Castillo, 1991). A su vez, la franja política del NO, en el plebiscito de 1988, invitó a admitir al miedo como una forma de exorcizarlo. Al nombrar las situaciones amenazantes se abría un espacio de conversación sobre el destierro, sobre la desaparición forzada, sobre la tortura, sobre la pérdida del empleo y la pérdida de la autonomía y la libertad, con lo que se diluía su peso opresivo.

Las dimensiones analizadas aquí abren campos de estudio sobre la relación entre Psicología y Política, que se enlazan con preguntas recientes sobre la memoria política de la sociedad chilena. Sigue pendiente la elaboración cultural y política de un pasado traumático para muchos, del que se habla escasamente como si de esta forma desaparecieran sus consecuencias. ●

Referencias:

- Dylan Bob (1973). George Jackson y otras canciones. Madrid, Visor.
Lira Elizabeth y María Isabel Castillo (1991). Psicología de la Amenaza Política y del Miedo. Santiago, CESOC.
Sartre Jean Paul (1965). Colonialismo y Neocolonialism. Buenos Aires, Losada.

PSICOLOGÍA

UNIVERSIDAD ALBERTO HURTADO

EXIGENCIA.

SOMOS
1 DE LAS

3

UNIVERSIDADES

PRIVADAS CON MÁS
ALTO PROMEDIO PSU
PARA PSICOLOGÍA*

BUSCAMOS A LOS
MEJORES

*FUENTE: CONSEJO SUPERIOR DE EDUCACIÓN, 2010, RM

ADMISIÓN 2013

PROMEDIO PSU

617

CON UNA
COBERTURA
DE VACANTES
DEL 106%



EXPERIENCIA PRÁCTICA.

NUESTRA ESCUELA
CUENTA CON

SALA DE ESPEJOS

Y UN CENTRO DE ATENCIÓN
PSICOLÓGICA ABIERTO A LA COMUNIDAD

ADMISIÓN.



LA UNIVERSIDAD ALBERTO
HURTADO AHORA ES PARTE DEL
SISTEMA ÚNICO
DE ADMISIÓN

DE LAS UNIVERSIDADES TRADICIONALES

CALIDAD ACADÉMICA.

EL 85%

DE NUESTROS PROFESORES DE PLANTA
TIENE ESTUDIOS DE POSTGRADO



EL 54% TIENE UN DOCTORADO



Y CONTAMOS CON
1 PROFESOR
POR CADA
9 ALUMNOS



*
ACREDITACIÓN:

Diciembre 2012 a diciembre 2017
Qualitas

TRABAJAMOS POR EL BIENESTAR DE LA SOCIEDAD →